

LA MIRADA DESDE AFUERA: EXTRANJEROS EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVII

Teresa Ferrer Valls
Universitat de València.

El interés por indagar en la realidad del otro se va haciendo cada vez más frecuente a partir del Renacimiento. Esta curiosidad explica la aparición desde finales del siglo XVI en Europa de tratados sobre el arte o el método de viajar, la reglas de juego que debía tener en cuenta el viajero, tratados que aconsejaban a sus lectores copiar las inscripciones en las iglesias o sepulcros, describir los principales edificios o indagar sobre las formas de gobierno y costumbres de los lugares que visitaban (Burke 2006, 80). En España contamos con unos cuantos relatos de viajes que, escritos en el Siglo de Oro, aportan miradas desde la propia época y desde otras realidades sobre diferentes aspectos de la sociedad española¹. Los relatos de viajes ayudaron a conformar la identidad moderna, la visión que cada cultura tenía de ella misma y de otras culturas². Este tipo de relatos contribuyó no poco a extender tópicos sobre diferentes países y gentes, más o menos sustentados en la realidad observada, según los casos, y a perfilar motivos recurrentes, dados los obstáculos y las necesidades a los que inevitablemente se enfrentaba el viajero que se adentraba en tierra extranjera. Las pautas a seguir para abastecerse de alimentos o de caballerías durante el viaje, el juicio sobre los problemas que genera el alojamiento y las consideraciones sobre su calidad, los problemas en las aduanas y los abusos a los que podía ser sometido el viajero, la advertencia sobre las travesías más peligrosas a causa del bandolerismo, en especial en tierras de Cataluña y el Reino de Valencia, se convierten en motivos recurrentes en este tipo de relatos, en los que el discurso adquiere a veces un tono de aviso para caminantes que irá consolidando un género de gran porvenir. Así por ejemplo, Lhermite, recién llegado a

¹ Véase la clásica recopilación de García Mercadal, ahora reeditada

² Los relatos de viajes en relación con el surgimiento de las identidades modernas constituyen una línea de investigación que ha despertado un gran interés en los últimos años. Un estado de la cuestión sobre la bibliografía que ha generado el tema y sobre las diferencias entre literatura de viajes y relatos de viajes puede verse en Peñate Rivero 2006. Una reflexión sobre el modo de enfocar el análisis de los relatos de viajes y los rasgos que los caracterizan puede verse en Carrizo Rueda 2002.

España desde los Países Bajos en 1587, se refiere a su paso por la aduana en Vitoria, límite entre Castilla y Vizcaya, advirtiendo al viajero:

Es aquí donde habitualmente son ultrajados los viajeros y principalmente los que no están acostumbrados a tratar con estos aduaneros poco escrupulosos [...] lo mejor y más sensato que puede hacer el viajero que se encuentre en tal situación es no dejar que las cosas lleguen a tal extremo, sino llenarles los bolsillos o depositar en su mano alguna moneda (Lhermite 2005, 605-06).

Con profundo desagrado describe los problemas de su hospedaje en Barcelona, un motivo que se hará lugar común en los relatos de viajes, y que sirve, como en otros casos, para establecer comparaciones entre la realidad conocida y la observada:

Nos alojamos en una casa de huéspedes cercana, pero no recibimos el buen trato que esperábamos, pues, según la costumbre del país, sólo nos ofrecieron aposento, camas, servicio interior, la mesa puesta y el fuego dispuesto para colocar la carne; en cuanto a los víveres tuvimos que ir a la plaza a buscarlos como pudimos. Las camas están hechas con lana y las llaman colchón; son bastante frescas y limpias y en ellas no se pasa calor; no son tan blandas como para que uno pueda hundirse mucho en ellas, como sucede en las de nuestro país que están hechas con plumas, y donde el cuerpo permanece más expuesto al aire, siendo por ello más saludables a los riñones que las camas calurosas. En cuanto a los servicios de sábanas blancas, sólo me cabe decir que daría vergüenza describirlas, aunque para el recién llegado lo más chocante son las cocinas. Esta manera de vivir tan malsana y sucia, además de la incomodidad de ir a buscar siempre lo necesario para comer y beber, también la falta de civismo y la rudeza que esta nación muestra frente a los extranjeros recién llegados, nos causó muy pronto cierto hartazgo (Lhermite 2005 89-90),

Por debajo de la mirada mediatizada por condicionantes personales y culturales, que nos ayudan a comprender mejor la perspectiva desde la que se construye el discurso sobre el otro, se encuentran en estos relatos de extranjeros en España lugares que se van convirtiendo en comunes, valoraciones recurrentes sobre aspectos de la sociedad

española que contribuirían a crear una determinada imagen del país y de sus gentes³. La insistencia en la religiosidad, y la importancia de la Inquisición, lleva a algunos viajeros como Lhermite a advertir a quienes quieran seguir sus pasos que en el “Reino de España”: “todos los extranjeros, mucho más que en otros lugares, son sospechosos en materia de religión, por lo que los viajeros que quieran frecuentar este país harán bien en conseguir los documentos probatorios necesarios de sus ciudades, parroquias y lugares de origen como prueba de fe, religión y buenas costumbres” (96). La asistencia a un auto de fe en Toledo, lleva al cauto Lhermite, aun describiéndolo como un “espectáculo muy triste y deplorable de ver”, a justificar su necesidad, afirmando su propio catolicismo: “Esta forma de impartir justicia para juzgar en España delitos de religión es muy necesaria debido a las tan extrañas y perversas sectas y religiones que todavía hay en esta nación, y pienso que, desgraciadamente, esta vieja cepa de mahometanos, judíos y bárbaros, enemigos de nuestra Santa Fe Católica y Romana no se conseguirá extirpar fácilmente, pero sí mantener reprimida y sofocada para que no se extienda más” (130).

Una idea, la del silencio y la cautela en materia de religión, sobre la que insiste Bartolomé Joly, viajero francés en la España de principios del XVII, quien advierte a sus compatriotas: “Uno que esté nutrido a la manera ordinaria como viven los católicos en Francia, no ha de temer tropiezo mayor en España con la Inquisición”. No obstante matiza: “únicamente hay un poco de peligro en la calumnia y los enemigos”. Por ello acaba aconsejando la cautela: “El verdadero remedio contra eso y que daría por consejo a fin de evitar los inconvenientes, es mantenerse callado y hablar poco en España, y tener como máxima principal y regla inviolable para los que viajan por España este solemne proverbio: del Papa, del Rey y de la Inquisición, chitón, chitón” (García Mercadal 1999, II, 743).

La falta de afición al trabajo se convierte en una observación recurrente que se tiende a extrapolar al conjunto de territorios peninsulares, aun cuando se destaque en ocasiones la actividad comercial y artesana de algunas ciudades como Barcelona, como hace el holandés Enrique Cock al referirse a esta ciudad, que visitó en 1585, como “la más célebre ciudad de mercaderías de la España citerior” (García Mercadal, II, 508).

³ Los historiadores culturales han llamado la atención sobre la importancia de los estereotipos del otro en relación con la creación de las diferentes identidades modernas. Véanse, por ejemplo, los estudios reunidos en Elsner y Rubiès (coords.) 1999.

Por su parte, el mencionado Joly, de tránsito por tierras del Reino de Valencia a principios del XVII, observaba en términos similares al adentrarse en las tierras de Castellón: “Las personas son, como por todas partes inútiles, con la boca abierta ante los extranjeros”. Joly describe asimismo Sagunto, como una ciudad, “habitada, como las otras, de gentes ociosas, paseantes en plaza, con la espada al costado” (García Mercadal, II, 708, 709).

La mentalidad hidalguista suele ser otro de los estereotipos de la imagen de España sobre el que insisten algunos viajeros. Un embajador marroquí de viaje por España a fines del XVII, establecía en este sentido la siguiente comparación entre España y Francia:

Los comerciantes gozan cerca del rey de Francia, ¡al que Dios aniquile! mucha consideración y de un gran poder, porque estos años formaban parte de su Consejo y de su séquito. Les concedía todas las ventajas útiles al comercio y favorables a sus empresas. Lo que redundaba en su propio provecho y le procura riquezas considerables, contrariamente a lo que pasa en otras naciones, entre los españoles, por ejemplo (García Mercadal, IV, 323).

La afición al boato que destaca el francés Bartolomé Joly, o la fanfarronería, se convierten en otro de los tópicos de la imagen de España y de los españoles que se va forjando a través de la mirada de algunos viajeros: “Bien sé que estos españoles piensan haber constituido su felicidad en la admiración ajena [...] Añadid a esto el fasto de esta nación, toda sometida a lo exterior, y a las apariencias exteriores” (García Mercadal, II, 729). Los privilegios de algunos territorios, como los de la antigua Corona de Aragón, son con frecuencia objeto de atención de algunos viajeros, como el mismo Joly, quien constata, con asombro, las diferencias, a partir de su propia realidad:

Entre ellos los españoles se devoran, prefiriendo cada uno su provincia a la de su compañero, y haciendo por deseo extremado de singularidad muchas más diferencias de naciones que nosotros en Francia, picándose por ese asunto los unos con los otros y reprochándose el aragonés, el valenciano, catalán, vizcaíno, gallego, portugués los vicios y desgracias de sus provincias; es su conversación ordinaria. Y si aparece un castellano entre ellos, vedles ya de acuerdo para lanzarse todos juntos sobre él, como dogos cuando

ven al lobo [...] se quejan [de los castellanos], a sabiendas de ser tiranizados por ellos, mal tratados en la distribución de los honores y recompensas, tanto civiles como militares (García Mercadal, II, 759).

La riqueza de Indias es analizada como razón que justifica la imagen que todavía a fines del XVII se tiene de España como una gran potencia mundial. El embajador marroquí se refiere a ello en los siguientes términos:

Como consecuencia de la conquista de esos países indios, de los beneficios que obtiene y de las riquezas considerables que de ellos han sacado, la nación española ha llegado a ser hoy la más rica y la que tiene mayores rentas de la cristiandad. De todos modos el amor del bienestar y las dulzuras de la civilización dominan en ella, y con trabajo si se encuentra un individuo de esa nación que haga el comercio o el viaje por el extranjero con un objeto de tráfico, como es costumbre de otros pueblos cristianos, tales como los holandeses, los ingleses, los franceses, los genoveses, etcétera. Asimismo esos mismos oficios a los que se entregan las gentes de la clases baja y la hez del pueblo son rechazados por esa nación que se mira como superior a las otras naciones cristianas (García Mercadal, IV, 305-06).

En el caso de los viajeros que visitan España, en ocasiones el análisis de la situación social y económica puede resultar de un calado inaudito, sobre todo si tenemos en cuenta la falta de perspectiva histórica de la que necesariamente carece el análisis. Así, a principios del siglo XVII, el francés Joly era capaz de llevar a cabo un análisis de la situación económica del país como éste, que hubiese podido suscribir un historiador moderno, apuntando a la política expansionista y a la necesidad de ahogar rebeliones y levantamientos, como los de los Países Bajos y otros territorios, así como al endeudamiento de la Corona en manos de la banca extranjera “cuyo interés cambia y se aumenta” año a año, como algunas de las causas de la ruina de España y del agotamiento “en hombres y en medios”, todo lo cual “se traga los tesoros de las Indias, los asigna y distribuye antes de ser desembarcados, siendo como una maravilla y milagro de Dios el que esas innumerables riquezas no hayan adelantado nada a España, que en ellas apoyaba su grandeza, sino, al contrario, que sean causa del encaminamiento a su ruina” (García Mercadal, II, 749).

Lo diferente, lo extraño y asombroso excita la sensibilidad barroca, y los relatos de viajes describen en este sentido un camino de ida y vuelta, pues si por un lado revelan la curiosidad que lo desconocido despierta en el viajero, por otro ponen de manifiesto la curiosidad que él mismo provoca, convertido en objeto de la mirada de otros. En este punto algunos relatos de viajes se convierten en testimonio del encuentro cultural entre el bagaje que trae consigo el viajero y el que encuentra a su paso por tierras extranjeras. Así, la curiosidad del viajero por todo aquello que le causa admiración del país que visita le lleva a hacer descripciones del paisaje, de la arquitectura, a indagar en fuentes escritas la historia de los lugares, citando autoridades o interesándose por la etimología de los topónimos. En los relatos de viajes se llega a convertir en un tópico la declaración del ansia de conocer mundo como justificación con la cual se inicia la narración de las propias experiencias. No hay que olvidar que en bastantes ocasiones este tipo de relatos roza lo autobiográfico. En este sentido el francés Bartolomé Joly se refiere a su interés por las lenguas española e italiana, y la dedicación a su estudio como punto de partida de su interés por el país y sus costumbres:

Pero como el entendimiento es tal que quiere avanzar en conocimiento, apeteciendo penetrar las cosas que una vez se ha propuesto, para llegar a ese fin del aprendizaje de las lenguas tomé las cartas geográficas de sus tierras, sobre las cuales, llevado suavemente por la imaginación, viajaba con sumo gusto. Pero no hallando aun el contentamiento en esas pequeñas notas, que no glosaba sino con incertidumbre, que me formaba de las montañas impalpables, de los ríos invisibles, de las ciudades aéreas y de los hombres imaginarios, apetecí los cuerpos de esas sombras y las verdades de esas pinturas, fin de mi curiosidad [...] La española, que amaba más entonces como última parte de mi ocupación, obtuvo que viese sus cosas como hablaba su lenguaje (García Mercadal, II, 687-88).

Pero si por un lado estos relatos, subrayan la curiosidad y el interés de su autor por conocer otros países, por otro lado algunos de ellos dejan constancia, como decía, del asombro que provoca en los nativos su misma presencia, sus costumbres, su indumentaria, o sus prácticas religiosas, caso, por ejemplo, del embajador marroquí llegado a España a principios de la década de 1690. La curiosidad que despierta el extranjero, sin embargo, puede producir reacciones distintas, de las que dan testimonio

sus propios relatos. Es frecuente que el viajero describa, con más o menos exageración, episodios de burlas y enfrentamientos verbales, de insultos, de los que puede ser objeto por parte de la gente de la calle, repudio que se incrementa según su lugar de procedencia y su *status* social. Así no resulta extraño, en el contexto de las hostilidades hispano-francesas de la época, que un viajero como Bartolomé Joly, de tránsito por España entre 1603 y 1604, se lamenta de las persecuciones e insultos a los que son sometidos él y sus acompañantes, tras pasar la frontera, por parte de los aldeanos catalanes, y él mismo lance fieras diatribas y rígidos juicios sobre las costumbres, la gastronomía, la grosería, o la falta de modales en la mesa de los españoles, su falta de aseo y rudas costumbres. El uso del orinal, por poner un ejemplo, lo engolfa en un discurso sobre las virtudes de los retretes franceses (“no hay allí retretes ni sillas agujereadas, verdes y limpias, como en Francia”), estableciendo una línea de oposición entre civilización (representada por lo francés) y barbarie (lo español) que determinará la mirada de otros viajeros franceses posteriores, como Madame d’Aulnoy o, años después, George Sand.

Sin embargo, también el extranjero deja noticia de la curiosidad sin violencia que despierta a su paso, tanto más cuando su aspecto diferente y extraño está en relación con el lujo de su indumentaria o el boato de su acompañamiento, que resultan por sí mismos llamativos a los ojos del observador, sea humilde o de rango social elevado, convirtiéndose la observación en sí misma o el intercambio de noticias y curiosidades a través de la conversación, en un entretenimiento para los ratos de ocio. El relato del embajador marroquí, llegado a España en las postrimerías del siglo XVII, está salpicado de anécdotas sobre el interés que su vistosa comitiva despertó a su paso por pueblos y ciudades y durante su estancia en Madrid, en donde afirma haber sido requerido con curiosidad por diferentes personajes de la nobleza e incluso por las monjas de algún convento. El interés que provocó entre las gentes evoca el que casi un siglo antes había causado el embajador persa que llegó en 1601 a Valladolid, entonces corte de Felipe III, en donde permaneció dos meses, una estancia que Jean Lhermite, con quien coincidió en la corte, no se escapa de evocar en sus memorias. Lhermite, hombre culto, curioso y buen conversador, él mismo un extranjero en la corte, evoca con curiosidad al personaje persa, destacando aquellas costumbres que le llaman más la atención, al mismo tiempo que revela el interés que despertaban en el mismo embajador las costumbres y

ceremonias cristianas, habiendo sido invitado de honor en el bautizo de la infanta Ana Mauricia:

Como era hombre gallardo y de mente despierta (aunque también bastante tosco, bárbaro y escasamente pulido en las buenas maneras), le complacía mucho estar presente en las reuniones de los de esta nación y nunca dejó de asistir a todas las que hubo durante el tiempo que pasó en la corte de España [...] Profesaba la ley de Mahoma y tenía como acompañante a un hombre de religión que oficiaba esta ley y los dos pasaban todos los días más de dos horas rezando juntos; cerraban la puerta y se sentaban en el suelo, pero cuando llegaba la hora de cenar se acomodaban en las sillas, como hacemos nosotros, lo que, sin duda, hacían para complacernos (Lhermite 2005, 589-590).

Fuese verdad o no, Lhermite refiere la intención del persa de abandonar su fe y hacerse cristiano, como ya hicieron dos sobrinos suyos que lo acompañaban y que permanecieron en España tras su partida, instalados por orden del Rey en un colegio de jesuitas para su adoctrinamiento. Lhermite da cuenta de las atenciones que les dispensó Felipe III y de la curiosidad que su participación en diferentes actos produjo:

Fueron magníficamente servidos por los criados y lacayos de Su Majestad con el mismo orden que se observa para su real persona y en estos actos participaba de ordinariamente el intendente de la casa real mientras que los alabarderos de Su Majestad montaban guardia en la puerta para evitar la desordenada concurrencia del pueblo que no podía saciarse de verles comer [...] Siempre vestían atildadamente, al estilo persa, con telas de oro y plata y luciendo bellos collares de varias vueltas (Lhermite, 590).

El propio Lhermite confiesa haberlos visto comer en una ocasión, compartiendo un gran “plato de carne con arroz hervido, escasamente espeso [...] utilizando toda la mano la metían dentro del plato y juntando las puntas de los cinco dedos acertaban a coger maravillosamente bien el mencionado arroz y a formar con él bolitas redondas, metiéndoselas en la boca con una gracia sin igual, menester éste en el que el mencionado personaje, siendo en todo más eminente que sus acompañantes, descollaba también más que ellos”. La admiración con la que describe este modo de conducirse en la mesa no está reñida con la ironía, e incluso con el comentario aprensivo: “yo, por mi

parte, he de confesar que con escaso gusto compartiría un plato de sopa con gentes que tienen estos modales” (Lhermite, 591).

Por debajo de las convenciones de un género que se va consolidando con sus reglas de juego específicas, la perspectiva del que relata, su formación cultural, su pertenencia social, su religión, su país de procedencia y las razones que motivan su viaje por un país extranjero resultan determinantes a la hora de formular una visión de los lugares y costumbres de sus habitantes. Me centraré en la última parte del trabajo en dos de los relatos que he mencionado, porque representan los dos extremos del arco (distanciamiento/ansiedad de integración) desde el cual se puede construir la mirada y, en definitiva, el discurso sobre el otro, a partir de esos condicionantes⁴.

Uno de ellos es el relato realizado por un embajador marroquí, cuyo nombre se desconoce, que fue enviado a España a comienzos de la década de 1690 por el sultán Muley Ismael a Carlos II. Su mirada está fuertemente condicionada por su falta de adhesión a la religión del país que visita, y por la elaboración de un discurso entreverado de nostalgia por la pérdida histórica de territorios considerados propios. Así la llegada a Ceuta le lleva a evocar la pérdida de Alandalus, y a expresar su deseo de “que Dios haga de nuevo [de ella] una morada del Islam” (García Mercadal, IV, 285). Poco después, su estancia en Cádiz y la noticia de la conquista de Belgrado por los ejércitos de Solimán III en 1690, ponen de relieve su noción de España como una parte más de lo que en alguna ocasión denomina la nación cristiana, presentada por oposición a la identidad propia: “Los cristianos miraban como un gran hecho de armas del sultán el haber conquistado esa ciudad y haberla recobrado por la fuerza, y le concedían los mayores elogios” (García Mercadal, IV, 287). Una identidad que se sustancia en las diferencias de tipo religioso. Por ello no resulta extraño que su discurso se construya fundamentalmente sobre aquellos detalles y cuestiones que desde la perspectiva religiosa llaman más poderosamente su atención:

⁴ Algunos investigadores han insistido, con toda razón, en la importancia de tener en cuenta las circunstancias desde las que el viajero narra su experiencia. Es prudente distinguir, como señala Burke (1999, 124), entre tipos de viajeros, no sólo por su profesión y género, sino también por su motivación o por el tiempo que emplean en su viaje, entre otros condicionantes a considerar para la mejor comprensión y análisis del relato y de sus matices diferenciales respecto a otros relatos de viajeros. Wolfzettel ha subrayado el carácter de discurso personal que tiene el relato de viajes, por lo general en primera persona, que da cuenta del encuentro con el Otro desde la propia subjetividad Wolfzettel 1996, 5, 41.

Todos sus relatos históricos, en efecto, y sus dogmas religiosos están tomados de la religión de los hijos de Israel y del Antiguo Testamento, según ellos pretenden, salvo de todos modos los que han añadido y que forman la separación entre ellos y los judíos, habiéndose pronunciado los cristianos unánimemente por el Mesías, de donde ha venido la enemistad que existe entre las dos sectas. Desde esa época no han dejado de contar en sus dogmas religiosos, en sus corrompidas creencias y en su extravío, lo que les relata el papa que está en Roma ¡al que Dios envíe a reunirse en el infierno con los grandes de su nación! (García Mercadal, IV, 290).

Los conventos de monjas, como el que visita en Linares, despiertan en el embajador una curiosidad respecto al encierro en ellos de mujeres, un encierro sobre el que, desde su propio anclaje cultural, aporta una mirada menos crítica, más comprensiva que la que manifiesta al referirse a los conventos de frailes: “Estas religiosas están en extremo guardadas y encerradas. Allí se encuentra desde la niña de siete años hasta la vieja más vieja. Todas son vírgenes [...] En ese convento destinado a las religiosas, llamadas en lengua europea *monkás* (monjas), no penetra absolutamente ningún hombre” (296)⁵.

Su mirada, mediatizada por su identidad religiosa, le lleva a dedicar extensas reflexiones a la vida conventual, subrayando, en el caso de los conventos de monjas, la libertad que a sus ojos se da a las mujeres para abrazar o no la vida religiosa, incluso para aquellas que han sido educadas desde niñas en la vida conventual: “Si les gusta más salir y casarse, no se pone impedimento ninguno a su elección y su demanda es acogida” (296). Aunque también observa al mismo tiempo la importancia que la dote aportada al matrimonio tiene para la mujer en la época, cuya carencia la puede llevar a abrazar la vida religiosa como alternativa ante la falta de recursos familiares, algo que alguna de las escasas escritoras que dio el siglo, como María de Zayas, o Juana Inés de la Cruz, denunciaron, desde su propia perspectiva, como una práctica degradante que ponía precio social a la mujer. Respecto a esta práctica el embajador marroquí observa: “El motivo más importante de su entrada en el convento es la falta de dote para dar a un marido. Hay, en efecto, entre los cristianos la costumbre de que la mujer proporcione una dote de su casa. Se ha establecido sobre este punto una tal rivalidad, que, por consecuencia de ella, muchas personas no pueden darla, a excepción de aquellas que

⁵ Llama la atención, además, en este pasaje, en relación con lo que expresaba unas líneas más arriba, la percepción de la identidad de España como parte de un todo, las “naciones cristianas”, que se pone de manifiesto en el modo de referirse a la lengua.

gozan de una gran opulencia o adquieren una gran sucesión, y entran en ese establecimiento, fundado con ese objeto, cuando no se sienten suficientemente ricas” (296).

El embajador se fija, asimismo, en las diferencias de rango social dentro de los conventos, que acogen asimismo a las damas de la nobleza, servidas por las más humildes, o que acogen a las niñas de elevada posición social. La anécdota de una joven de catorce años, extremadamente bella y ricamente vestida, a la que afirma haber visto en un convento sevillano, entregada por su padre a las monjas a los veinte meses, le permite presentar otra faceta de la vida conventual: “Las hay que su padre o su madre desean guardar al abrigo de los peligros del mundo y del oprobio de las pasiones; las encierran pues, en ese convento para guardarlas y preservarlas hasta el momento de su matrimonio” (296-97). Los conventos de clausura, sin embargo, como el visitado en Carmona, son descritos como lugares sucios e insanos, en donde las mujeres viven en la pobreza (297).

Un juicio mucho más negativo que el que le provocan los conventos de mujeres le producen los conventos masculinos y las órdenes religiosas:

En efecto hay frailes de esos que encuentras que han abrazado ese estado como un medio para llegar a los bienes de este mundo y a reunirlos; porque si tiene alguna influencia cerca del gobierno, recibe sobre las rentas de la dotación millares (de escudos), destinados, según él, a hacerle vivir. Los hay que han tomado el hábito para descansar de los trabajos y de las fatigas del mundo; el descanso les basta. Otros se sirven de ello a manera de escudo que les oculta y protege, al mismo tiempo que los pone al abrigo de las palabras de las gentes, atendiendo que nadie podría decir absolutamente nada de un fraile ni acusarle de una mala acción, aunque hubiese sido testigo de ella y la hubiese comprobado. Estos hombres son los extraviados, los pobres, los apartados de la verdad. Se han desarraigado y han descarriado a los otros ¡Dios libre de ellos la tierra...! Las circunstancias nos han llevado a estas reflexiones” (297).

La asistencia a la festividad en Madrid en honor de San Juan de Dios le lleva a formular un juicio negativo sobre los milagros atribuidos al santo: “Han visto en él cosas imaginarias que Satanás les hizo tomar por realidades, y que llaman ellos milagros, y que quiere decir demostraciones” (315).

Desde una óptica religiosa observa asimismo la afición al consumo del vino: “El vino es su bebida principal. Encuentras en este país a muy poca gente que beba agua [...] no pueden en ningún tiempo pasarse sin beber vino, habituados como están todos a beberlo, hombres, mujeres y niños de ambos sexos, grandes y gentes del pueblo, frailes, sacerdotes, diáconos, monjes, etc. Todo el mundo lo bebe, nadie se priva de él” (302).

Desde esa misma perspectiva religiosa, la práctica del ayuno en la Cuaresma, le lleva a comentarios irónicos sobre el modo de entender el ayuno por parte de los católicos: “Así durante la Cuaresma comen todo el día, como nosotros mismos lo hemos visto, y dicen que eso es ayunar [...] Este ayuno, tal y como lo practican, no consiste en abstenerse de beber, de comer o de cohabitar con su mujer, sino únicamente en privarse de comer carne, según pretenden” (326).

Determinados aspectos de las costumbres del país que llaman su atención se relacionan con la participación en actos públicos de hombres y mujeres juntos. Así la contemplación en Linares de ciertos bailes aldeanos motiva su anotación: “Tienen costumbre de bailar el hombre y la mujer juntos. De ese modo, el hombre que desea bailar se levanta y escoge a su pareja, joven o vieja; la saluda, quitándose el sombrero que lleva sobre la cabeza, y le da la mano en señal de acuerdo; ella, en absoluto no puede negarse” (298). También la contemplación en Madrid de las ceremonias de Semana Santa en las Iglesias da pie a un comentario sobre las asistencia de hombres y mujeres juntos en las iglesias: “acuden a escuchar sus oraciones impías y a entrar en las iglesias hombres y mujeres” (327). El contacto entre ambos sexos centra un discurso encendido en contra de la práctica de la confesión y de los confesores:

El domingo las mujeres se dirigen todas a las iglesias para confesarse. Lllaman a ese hombre confesor. La que no se presenta a la iglesia, el fraile va a buscarla a su casa y la obliga a confesarse; entra con ella en un sitio retirado situado en un rincón de la casa; los dos cierran la puerta del retiro en que la mujer entra con el fraile [...] Cuando su marido vuelve y la encuentra mano a mano con el fraile le es imposible penetrar donde ella está [...] Nadie puede presentar una acusación contra uno de esos frailes por cualquier motivo que sea, aunque fuese testigo ocular de la acción más vergonzosa. Añadid a esto que ese pueblo tiene un carácter muy poco celoso de sus mujeres; porque los hombres tienen acceso cerca de las mujeres de los otros, esté el marido ausente o presente [...]. De ese modo he ahí a un fraile que se retira a una habitación cerrada con llave, en el momento en

que ella confiesa los pecados que ha cometido, sea adulterio, sea otros, de manera que no le oculta nada, ni le deja de descubrir ningún pecado cometido por ella. Mas cuando confiesa haber pecado por adulterio u otro hecho semejante y está él solo con ella, ¿cómo es posible que tenga escrúpulos con respecto a ella, con todo lo que se dice de la facilidad con que ella se entrega al adulterio en su país? Semejante falta cometida por los frailes no tiene nada de sorprendente (332).

En varias ocasiones al visitar algunos mercados y barrios de artesanos, como en Córdoba, se sorprende al encontrar en ellos mujeres ejerciendo oficios: “Cuando hubimos entrado en el interior hallamos una ciudad grande, populosa y en la que se ejercían toda suerte de artes y de oficios. La mayor parte de los mercaderes son mujeres” (293). O en Madrid: “Los mercados de esta villa son muy grandes y muy vastos, y están llenos de mercaderes, de compradores y de mercancías, de artesanos y de gentes de oficio de uno y de otro sexo” (314).

Incluso sus observaciones de tipo arquitectónico se encuentran mediatizadas por su adhesión religiosa y la propia afirmación de su identidad cultural, que le llevan a detenerse en las construcciones legadas por el Islam, como la mezquita de Córdoba, en sus propias palabras “una de las más hermosas del islamismo” (293). De los edificios consagrados al culto cristiano, en cuya descripción se demoran otros viajeros de la época, su atención se fija exclusivamente en El Escorial, pero también en este caso la mención de su importancia se pone en relación con los edificios de la península heredados de los musulmanes: “El Escorial es para los españoles uno de los edificios entre el número de las maravillas, atendido que no tienen entre sus construcciones otra iglesia mayor. No niegan, sin embargo, el tamaño y la importancia de las mezquitas musulmanas, como las de Toledo, de Córdoba y de Sevilla, cuya celebridad se ha extendido lejos” (336).

La genealogía de la Casa de Austria, en la que se detiene en algún momento del relato, le lleva a apasionadas predicciones sobre su porvenir, fundadas en el recuerdo de los ataques recibidos en sucesivos momentos históricos por parte de los reyes españoles: “He aquí su genealogía, ¡que Dios arroje al viento! (306); “De su raza canalla es de la que ha salido aquel que reina hoy, ¡al que Dios haga perecer y purgue de la tierra!”(307). No evita tampoco el recuerdo del agravio provocado por el rey portugués Sebastián, muerto en la batalla de Alcazarquivir, tras invadir Marruecos: “Por no haber

acogido el consejo de su sobrino [Felipe II, que se opuso a la expedición] y haberse expuesto en país árabe, es tratado de imbécil y cabeza ligera. Esa bendita expedición es la causa de la debilitación de la nación portuguesa hasta este día ¡Qué Dios la aniquile!” (308).

El juicio sobre las gentes, sin embargo, resulta en su boca menos rígido que el juicio sobre sus gobernantes o sobre la Iglesia y el Papa. Así, la visita de los Hospitales de Caridad de la orden de San Juan de Dios, en Madrid, le lleva a enunciar encendidos elogios a los Hospitales españoles, a su organización, limpieza, y atenciones dispensadas por separado a los enfermos y a las enfermas, y a detenerse en detalles sobre su funcionamiento. La caridad sincera que, a su ojos, se ejerce en ellos le lleva a formular un deseo, no exento de tintes religiosos, sobre los españoles: “Me gustaría, a causa de esa creencia que tienen, de sus buenas cualidades y de su apacible carácter, que se encontrasen en el recto camino; porque son las gentes de su nación dotadas del mejor carácter y las más tranquilas” (297).

Si el relato del embajador marroquí construye una mirada fundada en el distanciamiento, en la autoafirmación en las propias creencias y en la propia identidad a partir de la constatación de las diferencias, desde la facilidad que concede la falta de lazos con los acontecimientos o con la sociedad que se describe, en otras ocasiones el punto de vista desde el cual se construye el discurso manifiesta una implicación que mediatiza aquello que se observa y aquello que se selecciona de la realidad contemplada, así como el modo en el que se presenta y se construye el relato. Las memorias de Jean Lhermite, nacido en Amberes, sobre sus años pasados en España y sus viajes por el país, primero hasta llegar a la corte, y después, en compañía del séquito real por diferentes lugares, ponen de relieve la mediatización que supone el interés propio -en este caso un interés centrado en la promoción social en la corte-, a la hora de juzgar, destacar o silenciar acontecimientos. A diferencia del embajador marroquí, Lhermite aspira a integrarse en la corte. Su estancia en España duró, además, varios años y su discurso se construye en tierra fronteriza, entre la autobiografía y el relato de viajes.

Como en el caso de otros viajeros, Lhermite comienza el relato justificando el abandono de su casa y de su familia por sus ansias de conocer mundo:

Como frecuentaba diariamente a los hombres más notables de la ciudad, y entre ellos algunos que hace poco habían regresado de sus viajes y que parecían estar familiarizados con las grandezas, magnificencias y modos de vivir de las varias naciones que habían visto y frecuentado, empezó a fermentar en mi un nuevo y muy ardiente deseo de viajar a la búsqueda de estas cosas nuevas (Lhermite 2005, 45).

Pero en el caso de Lhermite no es tan sólo la curiosidad la que encamina sus pasos de Amberes a Madrid, sino su deseo de mejorar estado, un deseo que le lleva a servirse de una tupida red de favores y relaciones familiares que le permitirán ir situándose en la corte. Hay que advertir que Lhermite pertenecía a un linaje noble. A la genealogía de su casa dedicó su amigo Nicolás de Campis (o des Champs), que fue rey de armas de Felipe II y Felipe III, una obra titulada *Généalogie ou descente de la noble et anchiene maison de Lhermite*⁶. Al iniciar en 1586 su viaje, Lhermite tenía claro su objetivo, aspiraba a obtener, por medio de sus relaciones familiares, “algún puesto en servicio de Su Majestad”. Por ello, escribe: “Me propuse, pues, alcanzar este objetivo por todos los medios a mi alcancé y concentré en ello todas mis energías” (p. 46).

El relato de su viaje a España y de su estancia en la corte pone de manifiesto los pasos estratégicos y las preocupaciones de alguien que en la cercanía del poder se mueve con cálculo, atento a los cambios y transformaciones políticas, y a lo que éstas pudieran depararle de cara a su propia promoción. Sus cautas reflexiones sobre algunos de los personajes con los que entra en contacto o sobre la propia corte, se combinan con una orgullosa y explícita exhibición de sus habilidades estratégicas, calculando sus posibilidades de medro en relación con los más poderosos. Una estrategia que hay que comprender en el marco de una sociedad cortesana en la que el patronazgo regio era la aspiración máxima para alguien que se sentía obligado por su origen a mejorar su casa.

Su primer golpe de suerte se produjo en el invierno de 1587, que le permitió, a causa de unas fuertes heladas, exhibir en la Casa de Campo, los viveros de la casa real, sus habilidades para deslizarse en el hielo sobre sus patines de Holanda junto con otros compatriotas. Lhermite, condecorado de la asistencia como observadores del rey y altezas a la diversión, recuerda este momento como clave en su carrera hacia la promoción: “Yo también me metí en este barullo, entre ellos, y esforzándome por sobresalir en el

⁶ De esta obra genealógica manuscrita y del origen del linaje y ascendencia de Jean Lhermite dio cuenta Ch. Ruelens en su introducción a la edición del manuscrito en lengua francesa, publicada en 1890, t. I, pp. VIII-XXI, introducción que ahora se recoge en la traducción española de esa edición, por la que estamos citando, pp. 1-36.

grupo hice en plena carrera tres o cuatro audaces piruetas [...] me sentía muy estimulado por la presencia de un tan grande monarca” (103-04). La admiración de la familia real hizo posible su primer contacto con el Rey, que Lhermite consigna puntualmente en su relato, conocedor de la trascendencia de este encuentro de cara a sus pretensiones: “Su Majestad mostró curiosidad por saber quién era yo, quiso saber también de dónde venía y cuánto tiempo hacía que vivía en España [...] y no contento con esto me honró diciéndome que me acercara a su coche de caballos, pues quería ver de cerca mis patines” (104). El rey y los príncipes regresaron pocos días después a la Casa de Campo, circunstancia que Lhermite evoca con emoción y a la vez con meditado cálculo: “Su Majestad me hizo el honor de ordenar llamarme, lo que me causó grande emoción y me hizo cavilar que este renovado interés que el rey había demostrado por mi persona era quizá un indicio de que le había causado una buena impresión, lo que alimentó mis esperanzas de que, después y en otro lugar, podría conseguir mi más ferviente deseo, que siempre había sido entrar algún día a formar parte de su Real servicio” (104-05).

El encuentro con el Rey acelera el deseo de Lhermite de dominar la lengua española y conduce su relato a abiertas reflexiones sobre la destreza en el uso de la lengua como paso imprescindible en su integración: “con la finalidad de hacerme digno merecedor de tal privilegio, decidí consagrarme con aplicación y denuedo al estudio de la lengua, las costumbres y circunstancias de esta nación para, por esta vía, ganarme la simpatía y la atención de unos y otros” (105). Jean Lhermite fue logrando, con pasos medidos, su objetivo, siendo nombrado gentilhombre de la cámara de Felipe II, el 22 de junio de 1590, como después lo sería también de la cámara de su hijo Felipe III. Poco después, en 1592, fue nombrado por Felipe II maestro de francés del príncipe Felipe, tarea que le proporcionó en los años siguientes una ventajosa situación de cercanía al futuro monarca, cuyos beneficios Lhermite supo ver de inmediato: “Reflexioné sobre este asunto muy seriamente, pues no quería desaprovechar una ocasión como ésta tan buena que se me presentaba, dado que estaba seguro de que, con el tiempo, podría conseguir algo ventajoso y algunos favores, y desde entonces concentré mis esfuerzos en este asunto” (202).

Con calculada estrategia, Lhermite fue ganándose también las simpatías de Francisco de Sandoval, marqués de Denia, muy cercano al entonces príncipe Felipe, y que después, ya nombrado duque de Lerma, sería su valido, una inversión que deparó a

Lhermite importantes beneficios económicos, en forma de rentas, pensiones y otros regalos, y un nombramiento como caballero, de mano del ya rey Felipe III, por mediación del duque de Lerma, antes de su regreso a Amberes en 1602⁷.

La narración de Lhermite acerca de los viajes realizados como miembro del séquito real a los palacios de recreo del rey y a diferentes lugares, como en 1592 a Tarazona, para celebrar Cortes, o su viaje a Valencia con motivo de las dobles bodas de Felipe III y de su hermana la infanta Isabel Clara Eugenia en 1599, le conducen a descripciones minuciosas de los lugares, sus edificios, su artesanía, sus bailes, o sus festejos, especialmente los juegos de cañas, que juzga con complacencia un juego “más bello y gracioso que todos los demás” (165), o los toros, “celebración muy corriente en estos reinos” (143) que, sin embargo considera un “triste y pernicioso espectáculo, que más bien parece propio de bárbaros que de cristianos, pues no hay fiesta en la que no haya tres o cuatro muertos en la plaza” (165-66, 167). Su afición por la arquitectura le lleva a minuciosísimas descripciones, algunas tan espléndidas como la de El Escorial. Su curiosidad le conduce a detenerse en la descripción de jardines y métodos de cultivo, a informarse sobre la etimología de los topónimos, o sobre la historia de los lugares que visita y sobre las leyendas locales, incluyendo algunos dibujos de edificios, lugares y objetos curiosos, como el de la famosa silla construida para paliar los efectos de la gota de Felipe II. Sin embargo, su faceta de hombre que quiere medrar en la corte le conduce a mostrarse mucho más cauto a la hora de juzgar acontecimientos políticos, sobre los que pasa de puntillas. Así, al referirse a la jornada de Tarazona, adonde Felipe II se desplazó, tras las alteraciones de Aragón, para celebrar Cortes, acompañado de la infanta Isabel Clara Eugenia y del príncipe Felipe, que fue jurado como sucesor por los aragoneses, Lhermite apunta escuetamente: “se empezó a hablar del viaje de Tarazona, que su majestad debía emprender en breve para sofocar los motines y rebeliones que hace poco tiempo se habían declarado en los Reinos de Aragón, Cataluña y Valencia, que reclamaban diferentes de sus privilegios” (141). Y más adelante insiste en su cautela al referirse a las fatigas de Felipe II por el viaje, mitigadas “por las ganas que tenía de restaurar y apaciguar a ese pueblo, que hasta hace muy poco tiempo había sufrido tantos transtornos, cosa ésta que sería muy larga de explicar aquí” (204). Igualmente al referirse al ataque de los ingleses a la ciudad de Cádiz, en 1596, como

⁷ Sobre la relación de Lhermite con el duque de Lerma y con el príncipe Felipe, futuro Felipe III, de quien fue maestro de francés, véanse Ferrer Valls 2006 y 2007.

parte de los conflictos hispano-ingleses que se verían fugazmente zanjados con la paz de Londres de 1604, Lhermite comenta con precaución:

Por estos días llegaron noticias del ataque por sorpresa de los ingleses a Cádiz, que es un puerto de mar no muy alejado de Sevilla, y este hecho no dejó de alterar grandemente a este pueblo español, que no estaba acostumbrado a un acto de hostilidad como éste; pero, por ser éste asunto que no me atañe, no quiero decir aquí nada más sobre él, aunque la materia daría mucho de lo que hablar (287).

Un poco después insiste en el tema, pero de nuevo con las mismas cautelas:

nos llegaron nuevas de la pérdida de nuestra armada naval, que se deshizo en parte por el mal orden y gobierno; sobre este hecho podría hablarse con mayor extensión, pero la materia es tan sabrosa como en extremos delicada y peligrosa de tratar y aunque yo podría decir aquí algo más, creo que es éste un asunto que no cae bajo mi incumbencia, por lo que remito al lector a los cronistas contemporáneos (289).

Respecto al conflicto de los Países Bajos, Lhermite evita cualquier tipo de análisis político, mostrándose siempre preocupado por ofrecer una imagen de vasallo fiel a la monarquía, distanciándose de los rebeldes, y preparando su camino de regreso a Amberes, aproximándose primero al archiduque Alberto, nombrado en 1595 gobernador de los Países Bajos, y después a la infanta Isabel Clara Eugenia, que marcharía en 1599 como su esposa. Lhermite se muestra muy cauto al referirse a su relación con Felipe Guillermo de Orange, prisionero de Felipe II desde niño⁸. Lhermite justifica su paso en 1592 cerca del castillo de Arévalo, en donde se hallaba el prisionero, sin haberlo visitado: “no me atreví a dirigirme hacia él [...] pero, antes de pasar de largo [...] no dejé de mandarle mis respetos, sin por ello perjudicar el buen y fiel servicio que debía a mi señor [Felipe II]” (151). El monarca acabó ordenando la liberación de Felipe Guillermo y su regreso a los Países Bajos acompañando al archiduque Alberto en 1595. Ya liberado, Lhermite se apresuró a escribirle, siguiendo su estrategia de acercamiento al nuevo gobernador y su círculo, muy conveniente para

⁸ Felipe Guillermo de Orange era hijo del holandés Guillermo de Orange, quien había sido declarado rebelde por el rey en 1580. A pesar de la muerte del padre, asesinado en 1584, Felipe Guillermo permaneció prisionero en España hasta 1595.

su propio regreso a los Países Bajos: “Yo no le había escrito nunca en mi vida; tampoco le había visto ni había hablado jamás con él; me dirigía a él en lengua española y no le decía otra cosa que deseaba el buen éxito de su empresa” (255).

En realidad las memorias de Lhermite deben entenderse no sólo como la evocación de sus viajes por España o de su conocimiento del país, sino como una suerte de orgulloso memorial en que el autor exhibe su proximidad al monarca, el viejo y el joven Felipe, dentro de esa concepción patriarcal, tan característica de la sociedad cortesana, y de esa visión del rey como fuente dispensadora de mercedes, tanto más beneficiosa cuanto más cercana. En el caso de Lhermite, su visión de España se encuentra mediatizada por su adhesión, ciertamente interesada, a la monarquía y a sus intereses. La voluntad de mostrar con orgullo esa proximidad al rey, su conocimiento de la vida de palacio, es lo que proporciona sello distintivo al relato de Lhermite, un relato en este sentido excepcional, que nos permite atisbar, como en los cuadros flamencos, retazos de una vida en la intimidad, desde una perspectiva en ocasiones casi doméstica, como ocurre cuando, al describir las dependencias palaciegas del Monasterio del Escorial, se detiene en una de sus galerías, apuntando “es una galería bellísima donde Su majestad acostumbra a pasearse acompañado de sus hijos en las últimas horas de la tarde” (361), y destacando la existencia en ella de una silla giratoria, que describe como “invención muy agradable y cómoda, de la cual se servía mucho Su Majestad, quien se sentaba allí las más de las veces para contemplar las bellezas del campo” (362). Su descripción de Felipe II, al que evoca inmerso en la gestión burocrática de los asuntos de estado, revela una de las facetas más conocidas del monarca:

Su Majestad frisaba entonces los 63 años, tenía la tez muy pálida, estaba calvo y sufría fuertes ataques de gota. Esto no le impedía seguir muy activo y tener la mente despejada y la memoria más fuerte que nunca, muy dado como era a trabajar con papeles y muy experto en los asuntos relacionados con su gobierno [...] sin importarle que ello quebrantara grandemente su salud, lo que le podría haber excusado de realizar este trabajo, como hizo el Emperador su padre (de muy alta memoria), que (por lo que se cuenta) no tenía ni papel ni pluma en su cuarto, y le costaba mucho trabajo escribir (114).

Pero la visión más íntima, y también más impactante, de la figura de Felipe II es la que Lhermite proporciona al relatar la lenta agonía del viejo Felipe II, sin escatimar los detalles sobre la descomposición en vida de su cuerpo:

La enfermedad se apoderó de él, se le abrieron llagas en los dedos de la mano derecha por las cuales supuraba una materia dura y blancuzca, una especie de secreción de la que los médicos dicen que es el verdadero humor de la gota (307).

se le descubrió una apostema muy peligrosa en la rodilla derecha que subía por el muslo [...] abriéndosele salió grandísima abundancia de un materia muy maloliente [...] Tenía entonces las piernas las nalgas y el vientre muy hinchados [...] Durante todo este tiempo sólo se le cambió dos veces la ropa blanca, pero sólo la que tenía más próxima al cuerpo, pues esta muda le hacía sentir un gran dolor en la piel. Y si mal no recuerdo se le hizo la cama dos veces, y esto sucedió en los primeros días de su enfermedad, y durante este tiempo se mantenía acostado apoyado sobre la espalda, sin poder moverse hacia ningún lado, y lo que es peor, estaba obligado a hacer allí sus necesidades, lo que sin duda sería para él uno de los mayores tormentos del mundo, dado que, como saben muy bien sus criados, era por naturaleza el hombre más limpio, aseado y cuidadoso para con su persona que jamás ha habido en la tierra, y lo era en tal extremo que no podía tolerar sin molestia una sola mancha pequeña en la pared y suelo de sus habitaciones (400-401).

Pero quizá, de las evocaciones que Lhermite hace exhibiendo sus servicios en la cercanía del rey y de su hijo, una de las más vívidas sea la relacionada con el recuerdo de las lecciones impartidas al príncipe:

Solíamos hacer este estudio [...] después de la comida, cuando su padre estaba presente, aproximadamente entre las dos y las cuatro, y esto casi siempre sentados a la mesa, después de alguna comida y cuando su padre estaba cerca; se sentaba cerca de la mesa, en algún taburete pequeño o en un escabel cercano, y yo estaba a su lado de rodillas; y cuando estábamos separados de Su Majestad, casi siempre se sentaba sobre una de mis rodillas, mientras yo estaba arrodillado con la otra y permanecía en esta postura todo el tiempo que duraba nuestra lectura, que algunas veces se prolongaba durante una hora larga y ¡sólo Dios sabe lo fatigoso que todo esto resultaba para mí” (239).

Lhermite no pierde oportunidad de recrearse en el recuerdo de otras situaciones que muestran su cercanía con el príncipe, así cuando evoca la atención con la que seguía su

crecimiento, que señalaba con marcas realizadas en la pared de una de las habitaciones, y que reproduce a escala en su manuscrito (399). No deja pasar tampoco la oportunidad de evocar los ratos pasados juntos interpretando piezas musicales en la habitación del joven Felipe: “me llamaba muy a menudo, tanto para la continuación de las clases en lengua francesa, como para tocar allí la viola y cantar la música, lo que ya llevábamos haciendo desde hacía mucho tiempo y en lo cual se holgaba grandemente” (307). En su relato, los detalles de esta intimidad, quizá exagerada en la memoria, y la imagen que ofrece de la familia real, están directamente relacionados con su deseo de ostentar el merecimiento de las mercedes recibidas.

Tanto el relato del embajador marroquí como el relato de Lhermite nos muestran una vivencia a través del propio yo de la realidad contemplada, la de la España del siglo XVII, ofreciéndonos una selección de fragmentos de esa realidad, selección inevitablemente condicionada por la perspectiva en la que se instalan y desde la cual construyen su mirada, al igual que hacemos nosotros mismos como lectores, construyendo a través de sus miradas la nuestra, desde nuestros propios condicionantes.

Bibliografía

Burke, Peter,

1999 “The Philosopher as Traveller: Bernier’s Orient” en Jás Elsner y Joan-Pau Rubiès (coords.), *Voyages and visions: Towards a Cultural History of Travel*, Londres, Reaktion Books, 1999, pp. 124-137.

2006 *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona, Paidós, 2006. Primera edición en inglés 2004.

Carrizo Rueda, Sofía M.

2002 “Analizar un relato de viajes. Una propuesta de abordaje desde las características del género y sus diferencias con la literatura de viajes” en Rafael Beltrán (ed.) *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 343-58.

Elsner, Jás y Joan-Pau Rubiès

1999 (coords.), *Voyages and visions: Towards a Cultural History of Travel*, Londres, Reaktion Books, 1999.

Ferrer Valls, Teresa

2006, “El duque de Lerma, el príncipe Felipe y su maestro de francés”, en O. Gorsse y F. Serralta, *El Siglo de Oro en escena. Homenaje a Marc Vitse*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, Anejos de *Criticón* 17 (2006), pp. 283-95.

2007, “De los medios para mejorar estado. Fiesta, literatura y sociedad cortesana en tiempos de *El Quijote*”, en Bernardo J. García García y M. Luisa Lobato (coords.), *Dramaturgia festiva y cultura nobiliaria en el Siglo de Oro*, Madrid and Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2007, pp. 151-167.

García Mercadal, José (ed.)

1999, *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, 6 volúmenes, recopilación, traducción, introducción y notas de J. García Mercadal, Salamanca, Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura, 1999. Es reedición de la obra publicada en Madrid, Aguilar, 1952-1962, 3 vols.

Lhermite, Jean

2005, *El pasatiempos de Jehan Lhermite. Memorias de un gentilhombre flamenco en la corte de Felipe II y Felipe III*, introducción de Jesús Sáenz de Miera, traducción de José Luis Checa Cremades, Madrid, Fundación Carolina-Ediciones Doce Calles, 2005. Primera edición en francés *Le passetemps*, tomo I, edición de Ch. Ruelens, Anvers, Busschmann, 1890, y tomo II edición de E. Ouverleaux et J. Petit, Anvers, Busschmann, 1896.

Moureau, François

2007, “Descubrimientos y redescubrimientos: estado actual de los estudios sobre literatura de viajes”, en José M. Oliver, Clara Curell, Cristina G. Uriarte y Berta Picó (eds), *Miradas plurales a través del tiempo y de las culturas*, Bern, Peter Lang, 2007, pp. 11-19

Peñate Rivero, Julio

2004, “Camino del viaje hacia la literatura” en Julio Peñate Rivero (ed.), *Relato de viajes y literaturas hispánicas*, Madrid, Visor, 2004, pp. 13-29.

Wolfzettel, Friedrich

1996, *Le discours du voyager. Pour une histoire littéraire du récit de voyage en France, du moyen âge au XVIII^e siècle*, París, PUF, 1996.